

esas lecturas de todos precios y de todos tamaños donde se encomian todos los vicios, se vilipendian todas las virtudes; lecturas, en fin, que merecian el ejemplar castigo de ser, por lo ménos, quemadas en la presencia de sus autores.

Tengamos fe, amados míos, tengamos verdadera fe, y tendremos verdadera esperanza; esperemos en Dios, confiemos en la misericordia divina, y trabajemos para merecerla. Si nos rodean calamidades, esperemos; si enfermedades, esperemos; si la indigencia, esperemos; si somos justos, esperemos; si pecadores, esperemos; sea la esperanza cristiana nuestra guía y nuestra inseparable compañera. Esperemos la bienaventuranza, los medios de alcanzarla y la gracia y todo lo que es menester para obrar como discípulos de Jesucristo; imitemos á Maria Santísima; llamémosla, porque lo es, *vida, dulzura y esperanza nuestra*, y no dudemos de que, asidos con seguridad á esta áncora salvadora, navegaremos viento en popa, sin que jamás zozobre la pobre navecita de nuestra alma; y despues de los trabajos y de las miserias de la vida, descansaremos, por fin, en el puerto de la inmortalidad, que lo son las moradas de la gloria. Así sea.



DISCURSO XVIII.

Caridad de Maria Santísima.

Ordinavit in me charitatem.

Ordenó en mí la caridad.

(Cant., 11, 4.)

Si charitatem autem non habuero, nihil sum.

Si no tengo caridad, nada soy.

(Ad Corint. 1.^a, xviii, 2.)

RESPLANDECE, católicos, en aquel estupendo milagro de sacar de la nada el mundo, el poder incomprendible ó infinito de la majestad de Dios. Deleita, pero con una fruicion que nosotros sentimos y no podemos explicarnos, considerar el admirable entretenimiento del poder divino que vá sustrayendo del caos el tiempo, subdividiendo el tiempo en dias, separando la luz de las tinieblas, y cria la tierra, y los mares, y el firmamento. Enmudece la lengua del hombre cuando habla la del Criador, y por resultado de una sola palabra suya vemos el cielo recamado de innumerables mundos de fuego, la tierra, los aires, las aguas, poblados de séres vivientes de todas especies; las praderas cubiertas de yerba y flores, los árboles cargados de frutos; en una palabra, con animacion, con vida, con movimiento todo lo que ha de constituir los dominios del rey de la creacion, del pontífice de la naturaleza, el hombre. Pero lo que sorprende y enajena á la cristiana consideracion es el fin que Dios se propone en la produccion de todas estas maravillas, y el objeto á que se dirigen; su fin, que es el de poner al hombre, por la posesion de una felicidad temporal, en el camino de la felicidad eterna: su objeto, que es manifestarle, por estas obras palpables, cuánto es el amor que le profesa, atraerle de esta manera á la consideracion de la divina grandeza, llamar-

lo á sí, y hacerle perfecto y santificado y glorioso con la poderosa palanca de su inextinguible caridad.

La caridad, amados míos, que es la joya de más valor que encierran dentro de sí los impenetrables misterios del poder y de la sabiduría de Dios. La caridad, que es el lazo más dulce y al mismo tiempo más fuerte que une en amorosa intimidad los cielos con la tierra, la Divinidad con la humanidad y al hombre con sus semejantes. La caridad, árbol que teniendo sus raíces en el cielo y la savia que le vivifica en el mismo Espíritu Santo, germina y fructifica en el corazón humano, verificándose por un prodigioso mecanismo que el hombre sin merecerlo, está siendo por el amor participe de las grandezas del Sér Supremo. La caridad, que es la virtud sobre todas las virtudes, la virtud que nunca dejará de ser; la caridad, que completa y perfecciona la santidad de la criatura; la caridad, que, según San Juan, es nada ménos que el mismo Dios. *Deus caritas est.* Y que, según la hermosa expresión del Apóstol Santiago, es la vida, porque donde no hay amor, donde no existe la caridad, no hay más que muerte. *Qui non diligit manet in morte.* La caridad, que ha enlazado á las pasadas generaciones amigas de Dios con las generaciones presentes, y que á nosotros nos unirá con las venideras; y que después, mediante su misericordia y nuestra cooperación, sin pasado ni futuro, nos unirá con los ángeles y con los bienaventurados en el goce de un bien que nunca haya de concluir. La caridad, el amor, único mandamiento que Dios ha ordenado al hombre. *Ordinavit in me charitatem.* Y mandamiento que si no cumplimos y caridad que si no tenemos, por mucho que seamos nos deja absolutamente reducidos á la nada. *Si charitatem autem non habuero, nihil sum,* en lenguaje de San Pablo. Caridad, finalmente, de que vamos á ocuparnos en el discurso de la presente tarde, contemplando:

La caridad en Dios; la caridad en María Santísima; la caridad en nosotros mismos.

Ave Maria.

Innegablemente sorprende el amor de Dios á los hombres en las magnificencias de la creación; de tal modo, que parece no puede encontrarse *más allá*; sin embargo, después de un acontecimiento desastroso que alegra á los infiernos, que entristece á los cielos y á la tierra, y que parece había de oponer una barrera inexpugnable entre el Criador y su criatura, la caída de Adán, el acto de soberbia más refinada y la ingratitude más manifiesta,

serven como de nuevo pretexto al amor de Dios, y dan un nuevo y mayor impulso (si es que en Dios cabe mayor ni menor) á los fuegos inextinguibles de su infinita caridad. Debiase decretar el exterminio del hombre, y se decreta su conservación; debíase declarar perpétuamente maldito, y se le bendice con la más consoladora promesa; debía firmar la mano del Omnipotente el decreto de su muerte, y se le anuncia una nueva vida; parécenos á nosotros digno de un Dios tan enormemente ofendido llevar al hombre al abismo de su eterna perdición; y, sin embargo, lo que se promulga es la buena nueva de la redención. Aquí, cristianos, enmudece la lengua humana y habla solo la angélica: los ángeles, puros, perfectos, rodeando siempre el trono del Sér Supremo y entonando sin cesar sus alabanzas, son los que pueden tributar el homenaje debido á la caridad de Dios para con el hombre. Ya no me extraña que el Profeta-Rey, escudriñador profundo de los secretos divinos, se proponga cantar eternamente las misericordias del Señor. *Misericordias, Domini, in æternum cantabo* (1). Ni me admira que el mismo convoque á todas las gentes y á todos los pueblos para que le glorifiquen por haber confirmado en nosotros su misericordia. *Quoniam confirmata est super nos misericordia ejus.* Ya no me asombra que el Doctor de las gentes nos diga que la caridad ha descendido á nuestros corazones por medio del Espíritu Santo. *Charitas Dei, diffusa est in cordibus nostris* (2); y encuentro muy lógico, muy concluyente, muy necesario que el amado Evangelista, no pudiendo hacer otra cosa, desahogue su corazón con la frase anteriormente citada: *Deus caritas est.* «Dios es la caridad.»

¡La redención, católicos! Sí; la libertad del hombre, el perdón de todas sus iniquidades, la restauración en los derechos que perdió, una nueva vida y una nueva felicidad. Pero no es lo grande la redención del hombre, sino el medio de que el Señor se vale para que sea redimido. La creación ha sido una cosa que extasia, y la redención ha de ser un prodigio de amor, una fineza tal de la caridad divina, que eclipse la creación del hombre. Formarle, fué sacarle de la nada; redimirle, es sacarle de las garras del demonio; y si arrebatadora y sublime ha de ser esta victoria del amor, necesario es que no lo sean ménos los medios de propagarla: reunida contemplo otra vez en amante consistorio á la Beatísima

(1) David, 88, 1.

(2) David, 116, 2.

y Augusta Trinidad: se trata, nó de un crimen cometido contra una criatura limitada, sinó de una ofensa inferida á un Dios infinito: á este Dios de justicia se le debe una reparacion expiatoria, pero la expiacion no puede darla cumplida el hombre, porque tiene que ser infinita. Allí se determina un prodigio que es el asombro de los siglos; no se dice como ántes *faciamus hominem*, nó; lo que se dice es *salvemus hominem*. «Salvemos al hombre.» ¿Y cómo?

El amor de Dios al hombre baja desde los cielos hasta la tierra, se hace sensible y práctico, y como la esencia del amor consiste en el sacrificio del amante por el objeto amado, el amor divino vá á empezar á manifestársenos por una série de sacrificios que principia en las humillaciones de Belen y concluye en las dolorosas agonías del calvario. *Sic enim Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret*. «De tal modo amó Dios al mundo, que le dió su unigénito Hijo (1).» Oid cómo. El Aguila de los Evangelistas es el encargado de dar á conocer á los hombres, con rasgos brillantes y exclusivamente suyos, las finezas del Altísimo. *Verbum caro factum est, et habitabit in nobis* (2). El Verbo de Dios, el engendrado ántes que la luz y de su misma sustancia, Dios como Él y con Él, toma carne y habitó en nosotros; pero toma carne de un modo maravilloso, que es por obra del Espíritu Santo en las entrañas de una Mujer, y habita en nosotros de un modo edificante, es decir, llorando, padeciendo, peregrinando, y, por último, muriendo en una Cruz.

Aun cuando me propusiera buscar en el Antiguo y en el Nuevo Testamento expresivas figuras del amor divino, entre las muchas que hallaria, ninguna podria ofreceros tan expresiva como el árbol de la Cruz: como que es el ara donde por amor, y sólo por amor, se sacrificó el Cordero de Dios; y parece que en ella se encuentran escritas con la sangre que lavó nuestras inmundicias las palabras que cité al principio de mi discurso. *Ordinavit in me charitatem* (3). Convenia, cristianos, á no dudarlo, que la caridad quedase vinculada en la Cruz, en este árbol que, siendo patíbulo de muerte, pasa á ser árbol frondoso de vida, ya que el árbol de la vida se convirtió en árbol de la muerte. Miremos á la Cruz, y ella es el amor de Dios al hombre; miremos á la Cruz, y en ella vere-

(1) Evang. de San Juan, cap. III, v. 16.

(2) Idem, cap. I, v. 14.

(3) *Cant. Cant.*, cap. II, v. 4.

mos á Jesucristo muerto. *Propter nimiam charitatem qua dilexit nos* (1). Y vemos á Maria, imitadora fiel del Padre Eterno, dando por amor al mundo (como dice San Buenaventura) su unigénito Hijo. *Sic domina dilexit mundum*. Vemos á Maria imitadora inimitable de Jesucristo ofreciéndole voluntaria en sacrificio, para la salud del género humano.

Maria Santísima empieza á dar expansion á su caridad con un sacrificio que nosotros nunca sabremos apreciar, porque no le llegamos á comprender: en Belen, en un establo, en el desamparo y la abyeccion más terribles, dá al mundo su Santísimo Hijo, y le dá comprendiendo y sabiendo cómo ha de ser recibido, cómo ha de ser considerado, y cómo ha de ser perseguido. Maria sella su caridad sobre el Gólgota, ofreciendo al Omnipotente el Hijo de sus entrañas, lo que Ella más amaba, y lo que habia en el mundo de más amable, la alhaja de más valor que puede dar una madre; y el establo y la Cruz son los dos polos, son como el eje sobre que constantemente gira ese globo de fuego divino de la caridad de Maria Santísima. El amor de Dios descendió del cielo á la tierra para encender todos los corazones; y de tal manera inflamó el de Maria Santísima, que, en expresion de San Bernardo, ninguna parte suya quedó libre de este amor. El amor de Maria á Dios, segun San Anselmo, fué todo fuego interior, desahogándose al exterior con intensas llamas que brillaban en el ejercicio de sus virtudes. Por eso el citado Buenaventura afirma que la Virgen jamás fué tentada por el infierno, porque «así, dice el Santo, así como las moscas huyen de un gran fuego, así los demonios se alejaban de su corazon todo inflamado en el amor de Dios.»

«En cuanto á la caridad de Maria Santísima para el hombre, en cuanto á su amor en nosotros, tanto podemos, tanto habria que decir, que vale más no decir nada: de tal modo la Señora conocia la caridad infinita de Dios, que sólo Ella pudo imitarla sobre todas las criaturas intelectuales, y al ejercerla en favor del mundo puede asegurarse que, en la forma posible, obligó al Eterno Padre á que le diese su unigénito Hijo para sí y para todo el linaje humano (2).» ¡Qué bien habla Maria Santísima cuando se llama á sí misma la Madre del Amor Hermoso. *Ego Mater pulchrae dilectionis*. ¡Qué bien patentiza lo que constituye la esencia de su vida en los cielos y en la tierra, que es la caridad! *Ordinavit in me charitatem*. ¡Y

(1) San Pablo ad Ephes., cap. II, v. 4.

(2) Madre Agreda: *Mist. ciud. de Dios*.

con qué galantería el Espíritu Santo se expresa al hablar de la Reina del Amor! *Aquæ multæ non potuerunt extinguere charitatem* (1). «No pudieron las corrientes de las aguas extinguir su caridad, ni los ríos caudalosos acabarán con ella, nó. «La caridad de Maria Santísima fué tal, que mejoró en los cielos y en la tierra todo lo que tiene sér fuera del mismo Dios: su amor al Omnipotente sólo puede medirse por el amor de Dios: y su amor á los hombres no puede calcularse de otra manera que comparando en presencia de la Cruz el de Jesucristo con su Santísima Madre. *Aquæ multæ non potuerunt extinguere charitatem*. En el inmenso mar de las tribulaciones por que tiene que atravesar Maria, no extinguirán su caridad las aguas salobres y amargas del sufrimiento y del dolor. ¿Véis en alta mar un desquiciado baiquichuelo que ha perdido timon y timonero, y boga y fluctúa á la merced del viento, y aparece y desaparece, cuándo envuelto por las aguas, cuándo colocado sobre las olas? Pues ahí tenéis el corazón de Maria, el amor de Maria á los hombres: dejadle que como un rayo le atravesiese la profecía de Simeon: *Ella nos amará*. No tembléis porque la pobreza le asedie ni porque la persecucion la haga derramar sus lágrimas en país extranjero: *Ella nos amará*. No esperéis que se extinga su amor á los hombres cuando vea á su Hijo preso y maniatado por la traicion más alevé que registran los siglos, ni escupido, ni abofeteado, ni escarnecido, ni coronado de espinas, nó: *Ella nos amará*. No penséis que vá á retirarnos su amor cuando esta Reina del padecer encuentre á su Hijo marchando sobre la propia sangre, cargado con la cruz, eclipsados sus ojos y oscurecido su semblante por el cansancio y la fatiga, y desgarradas sus carnes, y destrozados sus miembros, y desnuda su santísima humanidad y extendida en un madero, nó: *Ella nos amará*. Dejad que Jesucristo sufra desamparo, tenga sed, vierta hasta la última gota de su sangre y espire por nuestro amor: no importa: *Maria nos amará*; el último aliento de Jesus es el primer suspiro de una nueva vida en Maria: y si Jesus nos ha dado una prueba inapreciable de amor dando su vida por nosotros, la Virgen Santísima nos ha legado un testimonio incomparable al dar por nosotros á su Santísimo Hijo. Si *Deus charitas est*, si Dios es la caridad, *Maria charitas est*, me atrevo yo á decir en estos momentos: Maria es la caridad, Maria es el amor. Maria es toda para Dios y toda para los hombres; toda para nosotros en la tierra, y toda

(1) *Cant. Cant.*, cap. viii, v. 7.

mucho más todavía para nosotros en el cielo: toda por el soberano papel que desempeñó en la redencion del mundo, y toda por el destino que en los siglos ejerce de nuestra Medianera, nuestra Abogada y nuestra intercesora. Bien hace Maria Santísima en llamarse *Mater pulchræ dilectionis*, la Madre del Amor Hermoso, para que la imitemos. Bien se expresa cuando con el Espíritu Santo nos dice: *Ordinavit in me charitatem*. Ordenó en mí la caridad, soy toda caridad, soy la peregrina fuente donde todos los séres pueden acercarse á beber las aguas de la caridad. ¿Y la nuestra? Analicemos.

Charitatem autem non habuero, nihil sum. Si no tengo caridad, nada soy, escribe San Pablo. Y ¿qué es la caridad? La caridad es la causa de todos los bienes; porque es la mayor participacion del verdadero y sumo bien (1). La caridad es el mandamiento que compendia la divina ley, el gran precepto del Salvador que nos manda amar á Dios sobre todas las cosas y amarnos mutuamente como Él nos ha amado á nosotros: *Ut diligatis invicem sicut dilexi vos*. La caridad no existe si no hay el doble amor que la constituye: el amor á Dios y el amor al prójimo: la caridad tiene sér, Cristo vive en nosotros si amamos al prójimo como á nosotros mismos; porque imposible es de todo punto amar á Dios si no amamos al prójimo, así como no hay amor á nuestro hermano si no hay amor á Dios.

Y nosotros, ¿tenemos caridad? vuelvo á preguntar: vamos por partes para responder. Este desdichado espíritu de reforma que tan inmensas proporciones ha tomado en nuestro siglo, más desdichado todavía, lleva su delirio hasta querer enmendar la plana á Dios, y reformar, no sólo el espíritu, las leyes y la Religion, sinó hasta el idioma del Cristianismo. La caridad ha sido llamada siempre caridad por los discípulos de Jesucristo: siempre se ha entendido por caridad el amor á Dios y el amor al prójimo por Dios; y siempre se ha confesado que la caridad es un don divino, una virtud sobrenatural infundida en el hombre por el Espíritu Santo. Pero asoma la cabeza el protestantismo que todo lo dá á la Razon, y que contra todo se subleva; hijo suyo, aparece poco despues el filosofismo de Voltaire, que todo lo pone en ridiculo, inclusa la misma razon; el filosofismo aborta el moderno racionalismo, es decir, la moderna impiedad, compuesto

(1) Madre Agreda: *Mist. ciud. de Dios*.
Advocaciones

grosero de todos los errores; y todo lo invade, todo lo reforma, con el laudable objeto, por supuesto, de reformar tambien ó de destruir la Religion del Crucificado. Y es lógico que si se habia de reformar el fondo, era necesario reformar las formas; si habia de reformarse la doctrina, será preciso reformar el lenguaje: por eso á Dios se le llama *el hado, la materia ó la casualidad*; al hombre se le distingue con el nombre del *Yo humano*, y á la caridad se llama *filantropía*. ¡Descubrimiento sorprendente de las presentes sociedades, en comparacion del cual son nada ni los caminos de hierro, ni los telégrafos eléctricos, ni los cables submarinos! ¡La filantropía! ¡Ahí es nada! Y ¿qué es la filantropía? Escuchad como la define un Ilmo. Arzobispo: *La filantropía, dice, es la moneda falsa del Cristianismo y de la caridad*: es decir, que entre buenos y verdaderos cristianos la filantropía es moneda que no pasa, que no puede, que no debe pasar. ¡Filantropía! Esta palabra, aisladamente pronunciada, no es más que el sonido de una campana cascada: ahora, cuando por los reformistas se trata de llevarla al terreno de los hechos en grande escala, entónces la filantropía significa mucho y habla muy alto en favor de la propaganda irreligiosa.

La filantropía es el egoismo; tan léjos están los filántropos de imitar á los profesores de la verdadera caridad en eso de dar su vida por la de sus semejantes, que se esconderán debajo de siete estados de tierra por no exponer su corazon á conmoverse á la vista de las miserias ajenas. La filantropía es el disfraz con que el demonio se cubre para ir sembrando en la heredad del Padre de familias toda la zizaña, todos los errores, todas las monstruosidades con que se quiere engrandecer é inmortalizar el mundo en nuestros dias. La filantropía, por compasion hácia los pobres, predica el socialismo, la comunidad de los bienes de fortuna y de las riquezas; el robo de sus bienes á los ricos para repartírselos como buen botin entre los que no lo son y nunca deberian enriquecerse; y aquí la filantropía predica *la ruina material del mundo*. La filantropía, compadecida de que haya gerarquías, proclama la igualdad y excita á sus incautos partidarios á sublevarse contra toda autoridad, principiando por la de Dios, y á sus gritos los tronos se estremecen, las coronas se derrumban, los cetros se hacen pedazos; aquí la filantropía predica *la ruina social del mundo*. Lastimándose de que la razon del hombre esté sumisa á la fe y su pensamiento al pensamiento de Dios, la filantropía anuncia y predica la libertad del pensamiento y la independenciam de la razon: ¡bien hecho! con eso ya no tenemos que estar vergonzosamente

esclavizados, ni al Evangelio, ni á Jesucristo, ni á su Iglesia, viejas preocupaciones de nuestros rancios abuelos; y aquí la filantropía predica *la ruina espiritual de los séres*. No pudiendo tolerar que en materia de Religion y culto el hombre no sea libre para obrar, y creer y adorar, segun se le antoje á su corazon, la filantropía pide la supresion de las fiestas, la tolerancia de religiones (1) y la libertad de cultos (2); todo por de contado con el filantrópico designio de que se destruya la Religion verdadera, y nos quedemos sin ninguna; y aquí se predica *el hundimiento de toda sociedad*. Esta es la filantropía sin careta. No esperéis de esta diabólica invencion nada que se parezca á la caridad: la filantropía no dá una limosna por Dios, ni derrama una lágrima por Dios, ni hace nada por Dios; la filantropía es, cuando más, egoismo, vanidad é irreligion. Si sois filántropos, ya podeis deciros: «Tengo filantropía y no tengo caridad.» Pues *nihil sum*. Nada soy.

No sé cómo al hablar de nuestra caridad pasó por delante de mi imaginacion, y no me pesa, ese fantasma de filantropía; así que, volviendo á mi primer propósito, os pregunto de nuevo: ¿Imitamos á Maria Santísima? ¿Tenemos caridad? Vamos á verlo brevemente.

Empecemos por lamentar el que las obras de misericordia, así espirituales como corporales, se han desterrado casi completamente de entre los cristianos; que si alguna se practica se hace con tan vergonzoso disimulo, que apénas se conoce, y que la mayor parte de los cristianos desoyen hoy y han borrado de su corazon completamente aquella sentencia consoladora de Jesucristo. *Beati misericordes, quoniam illi misericordiam consequentur*. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (3). Examinemos, busquemos el decálogo para encontrar la caridad entre los fieles...; y en el decálogo escritas están con caracteres indelebles las palabras *justicia y caridad*; pero en la práctica entre nosotros, justicia y caridad son una mentira. Diganlo los estados, los oficios y obligaciones particulares de cada uno: diganlo esa avaricia insaciable de aquellos de nuestros herma-

(1) Para quedarse sin ninguna.

(2) Que no existe ni puede existir. Léase y consúltese con detencion la eminente obra titulada *Pluralidad de cultos*, del católico jurisconsulto D. Vicente de la Fuente, que á las libertades de *pensamiento* y de *cultos* las trata como se merecen.

(3) San Mateo, cap. v. v. 7.

nos á quienes Dios ha colocado en la pobreza ó en la mediania: avaricia que, con el nombre de *necesidad*, les arrastra á apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño: dígalos ese endurecimiento brutal del corazón de los ricos, que sin tener en cuenta que son administradores de los bienes de los pobres, edifican elevados palacios para que á ellos no lleguen los clamores de la indignancia, y los cierran con puertas de bronce ó de piedra para que no turbe su descanso la orfandad, el desamparo y la viudez que piden por Dios una limosna, si ya en la misma puerta del rico no se tiende una red al pobre para maltratarlo y encarcelarlo como si fuera un criminal. Díganlo esas obras de piedad que se anuncian poco ménos que con clarines y timbales, procurando pasear la fama de los que las practican sobre el carro de la vanidad. Doloroso es tener que denunciar esta conducta tan opuesta al Evangelio, pero que al fin no es estraña si fijamos la consideracion en que los que lo hacen son los adoradores del mundo, del demonio y de la carne. Lo que es terrible, lo que es amargo para un ministro de la caridad, lo que conmueve las fibras del corazón, es tener que quitar la máscara á los que creyéndose caritativos y de veras, dan limosna, visitan enfermos y encarcelados, vuelan de aquí para allí, de día y de noche afanándose para remediar esta ó la otra necesidad, para consolar esta ó la otra afliccion, y, sin embargo, hay que gritarle *nihil sum*. Nada sois, no teneis caridad; y ¿por qué?

¡Ah cristianos! Dominan en todas las clases de la sociedad dos vicios que, á manera de manzanas podridas, infestan y corrompen todas las buenas obras de los que quieren vivir como cristianos: vicios infernales, vicios en los que constantemente se ejercita el demonio, y de los cuales saca mucho partido. *La murmuracion* de todos y de todo, y *el rencor* hácia las personas que nos ofenden. La lengua murmuradora y maldiciente, y el corazón poseído de un odio, de unos resentimientos que no son capaces de destruir todos los misioneros del mundo. ¡Caridad! Y vais á dar una limosna, pero ántes ó despues os creéis autorizados para poner de manifiesto todas las faltas, todos los vicios, todos los pecados, aún los más ocultos de las personas á quienes socorreis. ¡Caridad! Y os basta una mirada indiferente, un ligerísimo desaire, una falta involuntaria contra vuestro rango, una sospecha infundada, un juicio temerario, para aborrecer á vuestro prójimo con sentidos y potencias, y para hacer tomar la resolucion de no volverle á saludar en los días de vuestra vida. A vosotras, personas caritativas por espíritu de vanidad, os diré muy claro que

vuestra caridad es una mentira, que no teneis caridad; á vosotras personas caritativas, pero maldicientes y murmuradoras, os diré que vuestra caridad es una mentira, que no teneis caridad, á vosotras, personas caritativas que, tratándose de vuestros ofensores ó enemigos, os contentais con decir: «No le deseo mal, pero no se me ponga delante, porque no quiero darle la palabra de Dios,» os repetiré una y mil veces: vuestra caridad es una mentira, no teneis caridad.

La caridad, segun Jesucristo, es tan modesta, tan humilde, que no quiere sepa la mano izquierda lo que hace la derecha: la caridad verdaderamente cristiana es paciente, es benigna, todo lo soporta, no busca lo que es suyo, sino que se sacrifica por lo que pertenece á los demás; la caridad evangélica no es una caridad á medias es una caridad perfecta, que ama no sólo á los que la aman, y que no sólo perdona las injurias, sino que ama con ternura, favorece con desprendimiento, y ruega de todo corazón por sus calumniadores y perseguidores: esta es la verdadera caridad. Esta es «esa virtud de las virtudes y esa suma de los tesoros del cielo: virtud que tiene las llaves del paraíso, y que es la aurora de la eterna luz; virtud que es el sol del día de la eternidad, fuego que purifica, vino que embriaga, néctar que regocija, dulzura que sacia, tálamo en que descansa el alma y vínculo tan estrecho que nos hace uno con el mismo Dios, al modo que lo son el Padre Eterno con el Hijo y los dos con el Espíritu Santo.» (1)

Resolvámonos de una vez á imitar á Maria Santísima y á dar entrada en nuestras almas á la verdadera caridad: fuera de nuestro corazón todo lo que no sea inextinguible amor á Dios por sí, y á nuestros hermanos por Él: sea en nosotros la caridad la comida, la bebida, la respiracion, el descanso y todo, como lo fué en Jesucristo y como lo fué y lo es en Maria Santísima. Atesoremos en la tierra para el cielo; consolemos, rocorramos, perdone-mos, siempre desinteresadamente, siempre por Dios, siempre por la caridad; y esperemos llegará un día en que, acompañados de la Dispensadora de todas las misericordias, en alas del amor divino, nos trasladaremos desde este destierro á la celestial Jerusalem, donde oiremos aquella hermosa é inspirada sentencia que nos diga: «Venid, benditos de mi Padre, á tomar posesion del trono que os tengo preparado por toda una eternidad.» Así sea.

(1) Madre Agreda: *Mist. ciud. de Dios*.